

Cosas que perturban mi relación con la Ciencia al final de mi vida científica

(I) De una gallina que sale, a las que entran

Pablo Espinet

En noviembre de 2015 “El Roto” publicaba en *El País* una de sus terriblemente exactas viñetas. Tres gallinas conversan y mientras picotean el suelo una comenta a otra: “A mi hijo le exigen dinero por formar parte del menú”. Y la tercera se queja: “¡Esto ya es la hostia!”

La viñeta aludía, supongo, a las miserables condiciones de las ofertas de trabajo del momento. La conservo en la pantalla de mi ordenador porque ya en aquel momento me di cuenta de que representa, todavía con más literal exactitud que al asunto en el que pensaba “El Roto”, a nuestra situación como investigadores: trabajadores voluntarios sin sueldo de las editoriales, ahora sometidos a la presión de que nuestros trabajos se publiquen en OPEN. Literalmente, nosotros hemos de pagar por estar en el menú.

Quienes tengan alguna edad, tampoco demasiada, recordarán que hace treinta años era frecuente recibir tarjetas de solicitud de separatas de los artículos publicados. Las había de dos tipos: las de quienes querían que supieras que habían visto tu artículo, y las de quienes, trabajando en países apenas emergentes, no podían acceder al mismo. Hace por lo menos veinte años que no recibo ninguna solicitud de este segundo tipo y, sin descartar totalmente que mi investigación pueda no interesar a nadie, pienso más bien que aquellos a quienes sí interesa tienen fácil acceso a ella.

No alcanzo a comprender cuál es la lógica generosa que hay detrás de las políticas nacionales y transnacionales de obligar a que mi investigación esté en acceso abierto, bien pagando yo los costes de esa forma de publicación en revista, o bien subiendo un archivo parecido a un



repositorio de libre acceso, esquivando lo mejor posible las restricciones de la revista. Imagino que las autoridades que me conminan a ello tienen la hipótesis (que no analizan críticamente) de que el acceso libre a la información de mi ciencia provoque que los ciudadanos de los países que no tienen acceso a ella la lean. Así, en algún tiempo, los pobres de la Tierra se elevarán sobre sus miserias y se convertirán en ciudadanos prósperos de países ricos en un mundo más justo. Yo agradezco que esas autoridades me tengan en tanta consideración en cuanto a mi capacidad de cambiar el mundo, pero..., ¿a que es ridículo, además de estéril?

Puestos a ello, ¿por qué nuestro Gobierno no obliga a los cineastas y los escritores a dejar sus películas y libros en abierto y sin derechos para sus herederos, y conminan a Arguiñano a que, a cambio de subvencionarle su proyecto de menú, invite en su restaurante a quienes tengan más hambre de comer que de saber (que por cierto son muchos más en el mundo)? ¡Ah, perdón, es que toda esa gente es respetable y tiene que hacer dinero con ello y los que hacemos Ciencia (al menos quienes vivimos de



P. Espinet

Catedrático de Química Inorgánica
Universidad de Valladolid
C-e: espinet@qi.uva.es

Recibido: 22/11/2018. Aceptado: 12/12/2018.

ser docentes) ya hace mucho que aceptamos regalar el tiempo que dedicamos a la Ciencia que hacemos y además el de redactores en inglés, maquetadores, correctores, dibujantes, árbitros, **y compradores** de la revista! Regalar, es posible sí, pero pagar: por estar en el menú, NO. Y ¿cuántas veces hay que pagar, por escribir y además por leer?

Porque además, *ad maiorem stultitia*, el Ministerio nos requiere que el acceso a nuestras publicaciones esté libre a los seis meses, lo que es incompatible con los períodos de embargo (un año) de las revistas que publican con compromisos de tipo “Open Green”, que todavía no exigen tasas de publicación y que son las mejores de sus especialidades. Así, pongámonos en el pellejo de un pequeño grupo que recibe un proyecto equivalente a 60.000 dólares. Supongamos que consiguen realizar y ver aceptadas en publicaciones de la American Chemical Society (ACS) 6 artículos. El coste de la publicación OPEN después de doce meses sería de 24.000 dólares. O sea, 36.000 dólares para realizar el proyecto y 24.000 para financiar a la ACS. Suponiendo que tengan que adquirir algún acceso a consulta de publicaciones que, en la misma revista, no estén OPEN, les costará 40 dólares por artículo durante 48 horas. Teniendo en cuenta que, además, en España ni siquiera tenemos revistas que puedan beneficiarse de esa política, no cabe duda de que los cerebros de nuestras instituciones gubernamentales se han vuelto locos.

Otro supuesto. Supongamos que el grupo de los 60.000 dólares tiene más éxito que yo y hay dos personas de países pobres que quieren acceder a la lectura de sus artículos. No sé para qué, porque si no pueden acceder a su lectura ni solicitar por e-mail una separata al grupo autor, si ni siquiera conocen *Sci-Hub*, es sumamente improbable que puedan sacar provecho de la lectura y que dispongan de un laboratorio donde poner en práctica lo leído. Pero aceptemos que siendo una aspiración solo intelectual merece satisfacción. La ACS les dará un acceso de 48 horas por 40 dólares. Solo si más de 100 personas quisieran acceder por esa vía, se igualaría el coste del «open access». No hay tal mercado. Un permiso de cargar a los proyectos la subvención caritativa de esos solicitantes permitiría al grupo gas-

tar en ello 480 dólares en vez de 24.000 dólares y disponer de 59.520 dólares para realizar su proyecto.

Es lamentable, aunque frecuente, que tengamos que defendernos de nuestras propias administraciones. Sobre la base de estas estúpidas ideas del “Open Access”, que hace años nacieron con la ingenua intención de controlar el enriquecimiento abusivo de las empresas editoriales a costa de nuestro generoso trabajo, se han montado en el último lustro decenas de editoriales que consisten en un ordenador, una página web, un nombre que se parezca al de una revista de cierto prestigio y una cuenta corriente donde ingresar al coste editorial del “Open”. En general los contenidos de estas revistas son perfectamente prescindibles para la Ciencia. Todas las semanas los pollos recibimos invitaciones a escribir, enviar artículos, hacer de editores de números especiales o editar libros. Hace algún tiempo tuve un pensamiento premonitorio: Antes de ser llevado al crematorio llegaría alguien con poder y sin cerebro que, de modo perentorio, me haría alimentar a un puñetero repositorio y a las florecientes nuevas revistas de poco ánimo científico y mucho recaudatorio. Además de estúpido, es notorio que resulta vejatorio dejarse poner tal supositorio. No parece en absoluto que vaya a ser transitorio ¿Tú lo ves así, Gregorio?

Yo mismo estoy considerando la posibilidad de pasar de pollo a cocinero en cuanto pase a Profesor Emérito (también actividad gratuita en Valladolid), en vez de seguir produciendo Ciencia. En vez de al repositorio, me dedicaré a mi emporio. Con la escasa inversión necesaria, ese negocio editorial “Open” no puede resultar sino económicamente positivo, a pocos pollos que piquen. Y si además ofrezco corrección o traducción al inglés, mis revistas tendrán una ventaja competitiva en el mercado de los pollos incompetentes, que son mayoría (alguien contabilizó que son más que botellines de cerveza) ¡Señores pollos, atentos a mi oferta: *directo del laboratorio a la cazuela en un solo click!* Ya estoy tardando.

Hay más cosas que me perturban, pero esta es urgente. Quienes compartan mi modo de ver el asunto, que protesten y se rebelen.